

inventario emocional de la memoria

Nunca pude entender a lo largo de los años de mi dilatada vida como profesor en la Escuela de Arquitectura de Madrid, aquel desahucio y falta de atención por conservar los “fragmentos de la memoria”, precisamente en una comunidad universitaria que atisba e indaga su quehacer de oficio en la triada conceptual de la materia, la mirada y la memoria. Espacio negro, el de estos recintos que sirven para albergar, ese “inventario emocional de la memoria”, en el que se recogen los legados del tiempo, más o menos ordenados en legajos, atados en rudimentarios bloques de papel que tratan de una determinada materia o bien se archivan dibujos, proyectos, planos, utopías espaciales, modelos, maquetas, testimonios, texturas en fin de otros tiempos. Acontecimientos narrados, delineados entre la realidad y el ensueño, sedimentos, en definitiva, de la vida en el espacio material que proclaman como legados fieles los periodos transitivos de la cultura.

Espacio negro, el lugar donde residen los “testamentos legados” en esta Escuela de Arquitectura de Madrid, apenas podemos rastrear los valores que encierra el “archivo de legados” para una comprensión de lo que fue el pensamiento arquitectónico como memoria activa, o bien como nueva forma que se prepara, en la búsqueda de las diferenciadas identidades en las que se hace patente una época. Alguien podrá argumentar que para tales menesteres, están o deben servir las hemerotecas y bibliotecas de consulta especializada, para que almacenar tan fragmentarios archivos, heterogéneas y plurales documentaciones de las texturas del espacio, del tiempo y del recuerdo.

El archivo de legados en una comunidad universitaria es más que un espacio, almacén en la tipología de usos y funciones académicas, es una “terra incógnita”, un lugar donde depositar esas múltiples radiografías del trabajo que encierra el discurso arquitectónico, los datos de su cronología alterada, las vicisitudes del proyecto que buscan impacientes ideas y conceptos que sucedieron, imágenes y formas oteando las nuevas técnicas y construcciones en la temporalidad de la fragmentada polifonía que edifica la arquitectura; también lugar donde dialogar con la experiencia imaginaria que nos transforma el tiempo, recobrado por la investigación, en tiempo sensible.

Lugar sobre todo el de estos “legados fieles” donde se transmiten a las generaciones sucesivas el oficio y aprendizaje de saberes de una materia diversificada el oficio del arquitecto, aprendiendo en estos espacios, fuera del tiempo.

Perdidos en el tiempo, perdiendo nuestro tiempo, hasta perder la vida y sin encontrar nada en la muerte, somos consustanciales al tiempo ya que es en el donde podemos hablar. (J. Cristeva, 2001)

En una época como la actual donde el entramado conceptual del proyecto de la arquitectura, la forma es colonizada por la imagen y el diseño del arquitecto anda tan ensimismado por las retóricas del laberinto y sus mensajes publicitados desde la academia postmoderna, estos arsenales donde reposan los sedimentos de la historia y se preservan las memorias culturales, deben ser recuperados como políticas universitarias positivas, frente a la celebración opulenta de tantos simulacros del microconocimiento “postmoderno”.

El legado como inventario emocional de la memoria, pero también como valioso documento de los saberes del tiempo. Estas reuniones a las que como prólogo se acotan estas breves líneas, así parecen anunciarlo.

Antonio Fernández Alba